

EL ALUMNO DEL GIMNASIO AMOROS.



No se trata de llorar, Genoveva, es preciso tomar una resolución, decía un hombre cuyo vestido era el de un pizarrero que volvía de su trabajo, á una pobre muger sentada al pie de una mala cama, y que daba de mamar á un niño. Tu marido ha muerto, se cayó de una escalera y se mató, es una gran desgracia para tí, para tu familia; pero nada remedias con llorar, ¿lo entiendes?

Diciendo estas palabras con brusco acento para ocultar sin duda la pena que le causaba el dolor de esta jóven, el pizarrero se enjugaba con el revés de su manga, una lágrima asomada á sus párpados.

T. II.

2

—Mi pobre Jorge! decía la muger.

Aun todavía si tu hijo sirviese para algo, repuso toscamente el pizarrero, echando una mirada desdeñosa sobre un niño pálido contrahecho, débil, que lloraba silenciosamente sentado en el suelo, en un rincón del cuarto. Si eso siquiera pudiese llegar á ser un hombre lo tomaria conmigo y lo enseñaria á subir á los tejados, á mantenerse en equilibrio, á deslizarse por una cuerda, pero no, cada día está peor, ahora apenas se sostiene en pie, pronto tiene doce años tu hijo, y cualquiera dirá que tiene cuatro, y esto con cierta adulacion.

—Acaso es esa culpa de Santiago, hermano mio, él vino al mundo con ese defecto, dijo la madre resentida.

—Ciertamente que no, así yo no le quiero mal á ese niño, no le quiero mal, pero será siempre una boca inútil en el mundo.... afortunadamente no puede vivir mucho, añadió el pizarrero acercándose al oído de su hermana. Despues levantándose salió del cuarto, diciendo: Adios hasta mañana, con voz que descubrió el pesar que le causaba la posicion de su hermana y de su familia.

—Afortunadamente yo no puedo vivir mucho tiempo! repitió con voz dulce y triste, el pobre niño cuyo dolor tenia ese profundo sello de resignacion que solo es propio de las almas que tienen profundos sentimientos.

—¿Qué dices Santiago? dijo Genoveva.

—Que para nada soy bueno, y que mi tio tiene razon, querida madre.

—Animo, hijo mio, cuando seas mayor te fortificarás.

—Si, es verdad.... dijo el niño, pero no acabó la frase, y la madre demasiado absorta en su dolor, no le pidió cuenta de esta resistencia. Era tarde; un momento despues se acostó la pobre familia y apenas habia principiado el día siguiente cuando habiendo bajado Santiago al patio, miraba á los lacayos del cuarto primero, limpiar los caballos, lavar los coches, y disponerse para enganchar.

Era verano; no tardó en bajar una jovencita. Al verla Santiago dió un grito.

—Sin muletas! la señorita Emilia.

—Como ves Santiago, respondió la jóven con grata sonrisa, desde ayer no me sirvo ya de ellas, sin embargo tengo este lado un poco débil todavía añadió, mostrando su brazo y su pierna izquierda un poco mas delgada que los miembros del lado derecho, y ademas siempre estoy un poco lisiada.

—Y creéis, señorita, sanar del todo?

—No hay duda Santiago; piensa que yo estaba mucho peor que tu estás: mira, Santiago, que si tu fueses á tomar conmigo lecciones de gimnástica en casa del coronel Amoros, te curarias.

—Soy demasiado pobre para eso, señorita, y han dicho á mi madre que esas cosas orto-orto pedicas, no se como, son muy carasy despues para que me serviria eso, pues mi tio ha dicho quenó puedo vivir mucho tiempo.

—Tu tio no entiende de eso tan bien como nuestro doctor, que asegura que cuando se puede llegar á curarse se puede vivir; en fin Santiago no has visto tú ancianos, cojos, jorobados, pues esos bien han vivido.

—Mas no se han visto sin duda obligados á ganar su vida trabajando, señorita.

—Pobre Santiago, dijo Emilia con compasion; escucha, cuando yo me haya casado y que tenga mucho dinero, haré con mucho gusto todos los sacrificios que tu curacion exija.

—Entonces tendré demasida edad señorita, ó habré muerto; quién sabe?

—Dios mio, Dios mio! dijo Emilia incomodada con la contradiccion.

Pero viendo aparecer en el patio una señora de edad, se acercó corriendo á ella exclamando. Mi buena amiga, permitid que Santiago venga con nosotros al gimnasio Amoros; he visto que dais un billete por mi. Pues bien dareis dos.

—Eso no es posible, señorita, respondió el aya, no puedo disponer de vuestros billetes sin la autorizacion de vuestro padre.

—Como! mi padre que no está aquí! exclamó Emilia, con las lágrimas en los ojos, que está en la Martinica.... antes de tener una respuesta. Dios mio! Dios mio!

—No os aflijais así señorita, respondió el aya; he oido decir que en los establecimientos dirigidos por el coronel Amoros no solamente es mas moderado el precio de las lecciones que en ningun otro, sino que tambien se reciben gratuitamente hace muchos años, todos los alumnos pobres que no pueden pagar ningun género de retribucion; esto es tambien tanto mas laudable de su parte cuanto que establecimientos tan bien arreglados como el suyo, deben ser muy costosos.

—Eso honra mucho al coronel, mas yo quiero pagar por Santiago, porque si todos fuesen allí gratis, seguramente se arruinaria muy pronto el establecimiento.

—Pero con qué dinero habeis de pagar, señorita?

—Tu lo verás eso, aya mia.... Santiago, añadió luego volviéndose hácia el pobre niño, cuyo semblante pálido y enfermizo espresaba todo el interés que le causaba esta conversacion.... Santiago, vas á venir conmigo al gimnasio.

—Nunca podré andar hasta allá, señorita, dijo Santiago tristemente.

—Entrarás en mi coche.

—¿Qué decis; señorita! no, estoy demasiado desaseado, dijo

el pobre hijo del pizarrero echando una mirada de pesar sobre su chupa vieja y su pantalon verde remendado de pardo.

—No tienes el vestido para los domingos?

—Si señorita, pero no están mejores.

—A lo menos estarán mas limpios, ve pónelos, ve.

Santiago obedeció; un momento despues bajó un poco mejor vestido, pero gracias mas bien á los minuciosos cuidados de una buena oficiala, que á la calidad de la tela que componia su vestido.

Fué casi preciso que Emilia emplease su autoridad para que los criados permitiesen al pizarrerillo subir al coche; en fin se colocó en el asiento delantero mas admirado que gustoso de verse llevar al galope por dos caballos nuevos y fogosos.

En los campos Eliseos, al llegar cerca de la Plaza de Luis XV, se vuelve á la izquierda, y se entra en un barrio nuevo llamado Francisco I del nombre de la casa de este rey de Francia que se ha trasladado alli piedra sobre piedra.

En aquel sitio se encuentra una calle nueva, la calle *Juan Goujon*, y desde que se entra en ella se percibe á larga distancia una casa blanca, de un estilo particular y elegante, en cuyo frontispicio se lee: *Gimnasio civil orthoromático* con algunas otras inscripciones que esplican á lo que está destinado aquel edificio.

Ahora, mis queridos amigos, como mi fin principal en contaros este hecho cierto es hablaros de la gimnástica amorociana una de las invenciones mas bellas de que puede gloriarse la humanidad, voy á dejar por un momento á Emilia, su aya y Santiago pasearse por los campos Elíseos; no será por mucho tiempo.

Hasta aqui solo he procurado divertirlos, hoy mi objeto es mas noble, quiero que todos vosotros, niños, os convirtais en hombres hechos y compasivos, quiero que vuestras facultades intelectuales crezcan con vuestra edad, y para esto es menester que sepais como se hace la gimnástica en Paris en casa de nuestro célebre y apreciable gimnaciarca el coronel Amoros.

Por último, niños mios, apoyo mi opinion en la de los principales doctores de la facultad, del baron Dupuytren, que ya no existe de los doctores *Broussais*, *Tissot*, *Baron*, *Bailly*, *Guillon*, *Portales*, *Pase*, *Aumssat* etc: Ademas de M. Cuvier, de M. Julia de Fontenelle, del doctor Antomarchi, médico del Emperador Napoleon en Santa Elena, que ha hecho una memoria sobre este particular para la academia de la industria agrícola, manufacturera y comercial, por consecuencia de lo cual se ha concedido una medalla de honor al coronel Amoros. Tambien citaré la opinion del secretario perpétuo de la academia Real, de

medicina, respecto á este *campode encantamentos y de metamorfosis saludables*, M. Pariset.

Ved aqui lo que escribe: *M. Amoros, tiene buenos sentimientos, buena voluntad y mejores hechos*; es el amigo de los niños, es digno de crear hombres, los hará salir de sus manos que serán, comola minerva de Homero, fuertes y sabios; quereis refundir vuestras generaciones y tener almas fuertes en cuerpos sanos? Tened Amorosos, y transferirles vuestros derechos de padre de familia y de príncipe; porque todo es uno; felices los pueblos donde aparecen semejantes maestros!

Hasta el año de 1815 no intentó en Francia el coronel Amoros sus primeros ensayos de gimnástica: los señores Jonsar y Juliano de Paris, no solamente le auxiliaron poderosamente, mas este último insistió fuertemente en sus cuadros de educacion física, moral é intelectual progresiva y simultánea sobre las inmensas ventajas de lo gimnástico.

Yo, niños mios, he visto algunos casos notables, entre otros una niña de ocho años jorobada, toda contrahecha, con un lado hundido y por consiguiente el otro saliente, esta niña nacida en una provincia, fué confiada á la asistencia del doctor Horner, de Tavel; en el momento que llegó á París fué enviada al gimnasio del coronel Amoros. Yo tenia proporcion de verla con frecuencia en casa de la muger del doctor; esta niña estaba triste, flaca, los ojos mústios, torcida toda de un lado, andando poco y con estremada debilidad. Ahora solo lleva dos meses de ejercicio, y ya ha crecido, ha recobrado sus fuerzas, sus movimientos han adquirido elasticidad, su talle se ha perfeccionado, sus colores han aparecido de nuevo con su alegría, no es ya la misma niña.

Podria citar otros veinte niños ó niñas curados perfectamente por los mismos médicos, variados hasta lo infinito segun las circunstancias y las deformidades, y hablaros tambien de las cartas de felicitacion ó de reconocimiento que los padres ó los médicos han dirigido al fundador de esta filantrópica institucion, pero esto seria demasiado largo; sin embargo antes de concluir quiero deciros una palabra del coronel Amoros.

Español M. Amoros se ha distinguido desde muy jóven en los ejércitos es pañoles. Despues de haberse dado él mismo en Vizcaya las primeras nociones de gimnástica, formó dos compañías de granaderos gimnasienses, á cuyo frente hizo acciones brillantes en Africa y en Europa: despues mas adelantado siendo secretario del consejo del rey Carlos IV y ayo del infante D. Francisco de Paula formó en Madrid un gran gimnasio que la guerra de 1808 ha destruido. Hoy naturalizado en Francia, en Paris es donde el coronel Amoros se acaba de hacer célebre consagrando su vida á los franceses y haciéndoles

el servicio mayor que la humanidad pueda reclamar. Las sociedades le conceden medallas, la Francia ha concedido fondos para su gimnasio militar, pero en nuestros corazones es donde debe buscar su mas bella recompensa; como españoles nos envanecemos de que sea nuestro compatriota, como hombres nosotros le bendecimos desde luego.

Vuelvo á la jóven Emilia, cuyo coche se paró delante del gimnasio Amoros.

Los ejercicios no habian principiado los profesores muy jóvenes y ágiles, todos con el mismo uniforme, pantalon y chaleco azul, cinturón tricolor, con birretillo celeste sobre la oreja. Reunidos en medio del primer patio, esperaban la señal. Pronto apareció en medio de ellos un hombre de una edad madura, pero con todas las señales de una fuerte constitucion, vestido con un paletot azul, con la cinta de los valientes en el ojal, y un gorro en la cabeza.

Se adelantó hácia Emilia para saludarla, pero su mirada observadora se fijó en seguida sobre el pobre Santiago, que estaba distraído con la sensacion que le causaba la vista de un establecimiento en donde los niños recobran con la salud el uso de sus miembros tullidos por la naturaleza ó por la enfermedad.

Sin dar tiempo al coronel para preguntar lo que haria aquel niño, que no reconocía ser uno de sus alumnos; Emilia tomó la mano del coronel, y con este instinto que hace á un niño amable para conseguir lo que quiere dijo:

—Ando sin muletas, coronel.

Mucho me alegro, niña mia, respondió este; así debía suceder.

—He crecido diez líneas en seis meses; oh! yo os debo mucho coronel.

—Es decir, á mi gimnástica, querida niña.

—Oh! á vos, coronel, á vos, porque en fin, yo estaba mucho mas lisiada que Santiago, y hoy estoy mejor que él.

—Qué Santiago?

—Este niño que veis aquí, coronel, dijo Emilia tomando por la mano á Santiago, que se ocultaba detras de ella, y forzándole á presentarse delante del coronel, es el hijo de un pizarrero; su padre murió ayer de una caída de un tejado, pobre hombre. Su madre está muy miserable, y tiene que cuidar otro niño pequeñito; en cuanto á este ya lo veis, coronel, apenas puede mantenerse sobre sus piernas. Y mientras que Mr. Amorós examinaba á Santiago, levantando las mangas de su vestido para ver sus brazos, revolviéndole su pantalon para mirar sus piernas, le tocaba en la espina dorsal y le hacia estender cada uno de sus miembros, Emilia continuó con acento insinuante; si quereis señor coronel, haremos un arreglo.... Oh! no me lo negueis, os lo suplico.

—Cual? decia el valiente gimnasiario, continuando su inspeccion.

—Este niño es muy pobre; sino se le cura no podrá jamas ganar su vida; tiene una madre y una hermanita que mantener, y mirad coronel, estoy cierta de que mi pobre Santiago se morirá pronto.

—Quereis callaros, loquilla, dijo el coronel, volviéndose de pronto al oír la palabra morir!

—Morirá muy pronto si no os compadeceis de él, mi querido señor Amorós, añadió la jovencita juntando sus manitas con cierta gracia delante del coronel demasiado ocupado en examinar al pobre Santiago, y combinar sus medios de curacion, para prestar grande atencion á las palabras de Emilia. Permitted que Santiago tome parte en vuestros ejercicios y yo lo pagaré con mis ahorros, ó si quereis esperar, lo pagaré cuando esté curado, y ademas escribiré á mi padre para que me deje venir á tomar vuestras lecciones cuando esté completamente curado.

El coronel no pudo contener la risa al ver á Emilia suplirle hiciese una accion, para la cual no tenia su sensible corazon necesidad de ruegos.

—No necesitas de tanta elocuencia para persuadirme, amiguita mia, le respondió; profesando la beneficencia crees que no la practique yo mismo; recibo á tu protegido gustoso, con condicion de que será dócil á nuestra enseñanza y se parecerá á su protectora en el amor á sus semejantes.

Diciendo estas palabras, el coronel llamó á un profesor particular y mostrándole á Santiago que no sabia si dormia ó estaba despierto añadió.

—Tomad ese niño, ponedle un cinturon, y un nudo rojo sobre el hombro izquierdo, ese lado es el que es preciso fortificar, y le esplicó los ejercicios que aquel niño debia hacer, y los que se le prohibian.

Despues hizo la señal para que tocara la campana, y poco despues, niños y profesores estaban reunidos en el recinto del gimnasio.

Es un admirable golpe de vista, os lo aseguro, queridos niños míos aquel recinto. Que hermosa combinacion forman todas aquellas cuerdas, aquellas varas alisadas, aquellos tirantes, aquellas escalas; no se sabe al principio para que ha de servir todo aquello: se mira y cada niño viene pronto sin esfuerzo y como por juego á resolver el problema.

La leccion empieza inspeccionando á los alumnos, que todos están vestidos de una chaqueta corta y de un pantalon, su cintura está rodeada de un cinturon ancho y fuerte, que tiene cosido un argollon con toda solidez en caso que la prudencia

exija que queden pendientes; los alumnos están divididos en grupos segun su edad, su habilidad, su sexo ó el estado de su salud; cada grupo tiene un profesor que le dirige, vigila y precave todo accidente. Cuando el régimen de cura es difícil, una instruccion escrita por Mr. Amorós indica las reglas que se han de seguir.

Los primeros ejercicios consisten en los movimientos acompasados de las piernas y los brazos, acompañados de un canto particular que arregla el compas; lo que dá soltura á los miembros y fuerza á los órganos de la respiracion; estos son los elementos de los otros ejercicios; porque los miembros no podrian obedecer á la voluntad si el pecho esperimentase opresion, y el peso tampoco podria dilatarse si los miembros estuviesen entorpecidos y comprimidos. Despues viene el andar á compás con los cantos, mas ó menos vivos segun el grado de aceleracion. Síguese la carrera á compás que se llama de resistencia ó de velocidad. Despues empiezan las luchas y los otros grandes ejercicios.

De tantas máquinas ninguna es inútil, algunos alumnos suben por escalas de madera, por encima y por debajo, mientras otros trepan por mastiles sencillos ó dobles plantados uno al lado de otro; ó por cuerdas flojas, lisas ó divididas por nudos. Hay algunos que atraviesan á horcajadas ó en pie, una viga horizontal ó un plano inclinado, sólido ó vacilante y mas ó menos elevado, ó bien pasando de un lugar á otro por una cuerda tirante horizontalmente sosteniéndose solamente por las manos; despues tambien superan sin ningun auxilio ayudados de pérticos, algunos obstáculos por lo alto y lo ancho. En fin andan con zancos dando vueltas y saltando de cien maneras diferentes; todo esto con alegría, agilidad como si solo jugasen y se divirtiesen; se caen y se rien, ninguna caida es peligrosa; hay redes puestas para recibir el alumno que perdiera su equilibrio; pero alcabo de veinte años, que se siguen las lecciones de Mr. Amorós, se puede asegurar que ningun suceso fatal se ha verificado, que haya dado margen á ningun sentimiento.

La gimnástica se cultivaba con esmero entre los antiguos; hacía parte de la educacion de los hombres libres; da al cuerpo esta hermosura que consiste menos en el brillo de los colores, que en la armonía del sistema muscular debida á la bella proporcion de las formas. Entre los Griegos y los Romanos los jóvenes concurrían á los gimnasios, al Circo y al Campo de Marte y los filósofos los magistrados, los guerreros, en general, todos los ciudadanos tomaban parte en esos ejercicios, á fin de hacerse mas fuertes, mas diestros, mas ligeros y mas endurecidos en el trabajo.

No solamente adquieren los alumnos del gimnasio Amorós salud, fuerza y agilidad, sino tambien se les enseña á considerar como buenas acciones solo aquellas que son útiles é inspiradas por el valor, el amor de la humanidad y de la beneficencia. En ello gozan la moral y la salud como veis; porque los cánticos que procuran estas inspiraciones, están perfectamente escogidos, y la música es sencilla y acomodada al afecto que se quiere inspirar.

Con arreglo á estos principios, no os causarán admiracion, niños míos, la intercesion de Emilia, en favor de su protegido y la admision del pobre niño entre los niños mas distinguidos de la capital por su rango y la consideracion que gozan los padres. Dos años habian pasado, la primavera habia atraído á una antigua quinta sobre el Loire á Mr. el Baron de Marcel, padre de la jóven Emilia, que habia regresado de su viage de la Martinica; se ocupaba en algunos reparos urgentes á esta posesion de familia y habia hecho venir de Paris trabajadores para este efecto. En la noche que llegaron sea por falta de precaucion ó inadvertencia se prendió fuego al edificio de Mr. de Marcel. Las llamas le despertaron en medio de la noche, porque llenaron de luz repentinamente su habitacion, y se levantó de priesa, corrió al lugar donde estaba el fuego llamando á su hija, que no vió, y le faltó poco para que el sentimiento lo dejase muerto al ver el espectáculo que se le presentaba. La parte del edificio presa de las llamas era en la que dormia su hija. No se podia penetrar en ella sino por un cuerpo de casa contigua y casi abrasada. Apesar de su edad y de la gota, que le habia paralizado una pierna quiso lanzarse por allí el pobre padre para salvar á su hija ó morir con ella; se le detuvo; daba furibundos gritos; cuando de improviso un jóven, casi un niño, se vió en pie sobre esta viga, que crujia, y pasó por encima de ella con serenidad. Le vió que llevaba un lio bajo el brazo. El mas profundo silencio se siguió á los gritos de horror; el alma de todos los concurrentes pendia de un hilo: Mr. de Marcel se puso de rodillas.

El intrépido jóven habia alcanzado á una ventana y ayudándose con los pies y las manos saltó á ella; se le vió tambien un momento despues desliar una larga cuerda, una escala de repisas (1) y la clavó sólidamente á los hierros de la ventana, ó balcon; despues se perdió de vista.

Ningun grito, nada descubria la ansiedad de los espectadores. El desconocido volvió, traia al hombro una jóven; salió, se montó en el balcon, tomó la cuerda, y se afianzó á ella con su

(1) Esta escala es absolutamente de la invencion de Amorós y puede servir del mismo modo en un incendio que en un asalto.

interesante carga, que estaba bien sujeta por un fuerte cinturón. Que horrible perplejidad. Mr. de Marcel no pudo sufrirlo y cerró los ojos. Muy pronto un grito de alegría universal le instruyó de que su hija se había salvado.

Después de los primeros instantes dedicados á la naturaleza la jóven echó una mirada sobre su libertador. Una exclamación de sorpresa se escapó á ambos.

—Santiago!

—Señorita Emilia!

Después á la luz del incendio se contemplaron un momento en silencio.

No eran ya aquellos dos niños, tristes, los rostros pálidos, ajitados, las facciones açadas y apenas nacidos, ya viejos. Separados hacía un año que Emilia había dejado el gimnasio, y cambiado de morada, apenas se reconocían. Emilia una jóven hermosa y crecida, gozaba de todas las señales de una buena salud. Santiago casi era ya un hombre.

Mr. de Marcel oyó con enternecimiento el acto de caridad de su hija y sus gestiones para que Santiago fuese admitido en el gimnasio Amorós.

—No estoy bien recompensada, dijo Emilia alargando la mano al joven? Sin él no tendrías ya hija, padre mío: el espanto de mi posición, la dificultad en que me encontraba de procurarme una cuerda, una escala, un medio cualquiera de salvación, me habrán hecho perder el conocimiento, y me habría quemado á no ser por Santiago.

—Ah! Señorita, dijo el hijo del pizarro con sensibilidad; no os debo la vida, mas que la vida, la salud, el uso de mis brazos, la dicha de mantener á mi madre. Si, señorita, añadió Santiago con calor, puedo trabajar, y gracias también á las lecciones de nuestro excelente profesor el coronel Amorós, soy mas ágil que ningun otro en mi oficio; ya gano el pan de mi familia, y mis jornales son mayores porque trabajo mas y resisto mas el trabajo.

—Valiente jóven, dijo Mr. de Marcel abrazando á Santiago, que lloraba de agradecimiento, desde este dia, tu eres también mi hijo. Me encargo de tu establecimiento, y tus adelantos, de tu madre y de tu hermanal..... Valiente jóven! mi hija ha hecho mucho por tí, es verdad, pero tu lo merecias; eras digno de ello, ella conoció lo que eras; tu también has hecho mucho por ella. Mr. de Marcel cumplió su palabra, y algunos dias después, cuando reunidos en la casilla de la viuda, su hijo y su hermano se alegraban del feliz cambio que había sobrevenido en su estado, la pobre madre estrechaba en su seno la cabeza de Santiago, bañando sus cabellos de besos y lágrimas y diciéndole:

—Bien lo ves, hermano, mi Santiago era útil para algo.

—Si, gracias al coronel Amorós, dijo el hermano.

—Y gracias á la señorita Emilia, respondió Santiago suspirando.

Y no añadiré, niños míos, gracias á los humanos sentimientos que se adquieren en la escuela del coronel Amorós? Concluyo esta historia recomendandoos rogéis á vuestros padres que os envíen á los gimnasios que á imitación del de Amorós, y bajo sus mismas instrucciones se han establecido en Madrid; fortificareis vuestro cuerpo y os hareis mas buenos si es posible porque de ningun modo dudo de vuestras excelentes cualidades, os lo aseguro, mis buenos amigos.



HISTORIA SACRADA.

I.

CAUTIVIDAD DE JOSÉ.

José, niños míos, como lo habeis visto, despues de haber sido vendido por sus hermanos que olvidaron para con él los deberes de la naturaleza y de la humanidad para entregarse á su pasion, á los celos, fué llevado á Egipto.

Apenas llegó fué vendido por sus dueños á Putifar, general de las tropas de Faraon.

El pobre esclavo en lugar de desanimarse y entregarse á una desesperacion muy natural en su triste posicion, conservaba siempre la misma tranquilidad. Mantenfase en calma en medio de sus mas duros trabajos, y jamás se escapaba la mas mínima queja de su boca.

—Esta fuerza solamente pueden darla la confianza en la bondad de Dios, y la fé en su omnipotencia. Asi pues, niños míos, cuando la desgracia pese sobre vosotros, implorad al Señor, levantad los ojos al cielo, y vuestro valor renacerá mas grande, y vuestras penas os parecerán menos amargas.

Putifar reconoció pronto toda la santidad de José; vió que el Señor le favorecia y bendecía todas sus acciones. Entonces procuró ensalzarlo. Le dió autoridad sobre toda su casa, y le confió todas sus riquezas. José hizo que prosperase la casa de su señor, y le consagró todos sus cuidados.

Poco tiempo despues la muger de Putifar acusó á José de haber querido cometer una accion culpable. Su esposo demasiado confiado dió crédito á sus falsas acusaciones é hizo poner al jóven esclavo en la prision donde entraban los que habian sido presos por órden del rey.

La conducta de José era tan buena, trabajaba con tanto ánimo, estaba tan sumiso, que el alcaide de la cárcel le confió la vijilancia de todos los presos.

—Veis, niños míos cual es la ventaja de una buena conducta. En cualquier posicion que se esté es menester llenar sus deberes con exactitud, celo y perseverancia. Estad muy seguros que obrando asi, se llega á conseguir que los superiores le prefieran á uno grangeando su estimacion.

No se tardó mucho sin que entrasen en la misma prision el copero mayor, y el panadero mayor del rey Faraon por haber desagradado á este príncipe.

Ambos tuvieron en la misma noche un sueño, que José iluminado por la voluntad de Dios, les esplicó de una manera muy clara diciéndoles que los acontecimientos que aquellos sueños anunciaban habian de verificarse.

Efectivamente, todo lo que él habia predicho se realizó muy pronto, porque Dios le habia inspirado.

El copero mayor volvió á la gracia de su amo, y dos años despues batiendo Faraon tenido un sueño extraordinario, quiso que se le explicase. Se dirigió á José, que le predijo que el Egipto despues de haber gozado durante siete años de una gran prosperidad, se veria en seguida acosado durante otros siete años por una sequedad que esterilizaria la tierra y traeria una grande hambre.

Propuso al rey medios sábios para remediar en cuanto fuese posible las desgracias que preveia.

II. ELEVACIÓN DE JOSÉ.

Faraon sorprendido al oir las palabras de José, y admirado

do de los consejos llenos de sabiduría que le habia dado le sacó de la esclavitud.

—Puesto que Dios te ha hecho ver todo lo que has anunciado, dónde podré hallar alguno mas sábio que tú? le dijo. Te doy la autoridad mas completa sobre mi casa: cuando mandes todo el pueblo te obedecerá; y no seré yo mismo superior á tí mas que por el trono y la calidad de rey. Te nombro, pues, desde ahora, gobernador del Egipto.

Al mismo tiempo tomó el anillo que tenia en la mano y lo puso en la de José. Lo vistió de una túnica de lino muy fino, y le dió un collar de oro.

Despues de esto, le hizo subir en una de sus carrozas, y mandó á un heraldo que publicase que todo el mundo estaba obligado á hincar la rodilla ante él y reconocer su autoridad.

A poco tiempo se casó con Aseneth, hija de Putifar. Recorrió el Egipto á fin de tomar todas las medidas necesarias para que el hambre que debia harcerse sentir, como lo habia predicho, fuese menos destructora.

Este azote llegó pasados los siete años de fertilidad, y José que habia acopiado una gran cantidad de trigo, pudo proveer de él no solamente á los Egipcios sino tambien á las naciones vecinas, que acudieron al Egipto para comprar con que vivir y para hallar algun alivio en el rigor de esta hambre.

—La conducta de José en esta circunstancia os demuestra, niños mios, que conviene ser muy previsores y económicos. Si durante los siete años de prosperidad no hubiese hecho grandes provisiones de trigo; si se hubiese contentado con gozar de la riqueza que tenia, sin pensar en lo futuro, el hambre hubiera sido mucho mas espantosa y habria muerto una parte del pueblo; pero su sabiduría, su economía, su prevision vieron disminuir las terribles consecuencias de aquella calamidad. Asi pues cuando vosotros teneis algun dinero, por ejemplo, no lo gasteis locamente en un dia, para satisfacer un capricho ó una fantasía. Pensad en el dia siguiente, y reservad una parte á fin de poder procuraros algunos goces, satisfacer algunas necesidades, y hacer obras de caridad.

Jacob habitaba en tierra de Canahan, con su familia, y el hambre que tambien reinaba en ella, le hacia sufrir mucho. Habiendo sabido que habia mucho trigo en Egipto, y que se vendía barato, envió los diez hermanos de José para comprar alguno.

Benjamin se quedó solo con él.

Los hermanos de José, apenas llegaron á Egipto se presentaron al gobernador, para pedirle el trigo que necesitaban.

José los reconoció y les habló con aspereza.

—«De donde venis?» les preguntó.

—Venimos del pais de Canahan para comprar aqui de que vivir.

—«Sois espías que venis á examinar los lugares menos fuertes del Egipto?»

—No señor, somos doce hermanos, todos hijos del mismo padre. El mas jóven se ha quedado con él, y el otro yano existe. No tenemos otro fin mas que llevar trigo á nuestro padre.

—«No os creo; permaneceréis aqui, hasta que vuestro hermano menor haya venido á reunirse con vosotros. Enviad uno de vosotros para que me le traiga; entretanto permaneceréis en prision, á fin de que yo sepa si sois espiones.»

—Los hermanos de José no le habian reconocido, y por eso temblaron al oir palabras tan duras.

Permanecieron tres dias presos; pasado este plazo, José los envió á su pais de Canahan cargados de trigo, guardando solamente á Simeon como en rehenes.

José hizo introducir en sus sacos el dinero que ellos habian dado en pago, y no lo echaron de ver hasta que llegaron á casa de su padre.

Refirieron á Jacob lo que les habia sucedido, y la promesa que habian hecho de enviar á Benjamin á Egipto para librar á Simeon.

Jacob queria estremadamente á Benjamin, y por lo mismo no queria permitir que se separase de él.

Pero habiendo el hambre oprimido mas al pais de Canahan, y habiéndose ya consumido el trigo que los hijos de Jacob habian traído de Egipto, el santo patriarca les dijo:

—Volved á esa tierra donde reina la abundancia, y volved á comprar trigo.

—Pero, padre mio, respondió Judá, no podemos ir allá sin llevar con nosotros á nuestro hermano menor, porque el gobernador de Egipto nos lo ha mandado.

—¿Para qué le habeis dicho que teniais otro hermano?

—Nos lo ha preguntado, y no hemos podido ocultárselo. Mas no temais por Benjamin, confiadlo á mis cuidados, yo le volveré á traer pronto aquí.

—Puesto que es preciso, partid, y llevad los mejores frutos que tenemos para ofrecerlos á ese que manda en Egipto. Dadle resina, miel, mirra, trementina y almendras. Llevad dos veces tanto dinero como la vez primera, y devolved el que habeis encontrado en vuestros sacos, no sea que se haya engañado. Dios cuide de vosotros. os sea favorable á fin que os deje volver prontamente con Benjamin, que os confio y Simeon, que está detenido. Durante este tiempo, viviré solo como si no tubiese hijos.»

EL MONO, LA ARDILLA Y EL GATO.

FÁBULA.

Un mono bien provisto
De orgullo y de malicia,
Perverso como él solo
Y presa de la envidia,
Con un gato machucho
Y una ligera ardilla
Sentábase á la mesa
Y con ellos vivía.
Nunca el mérito ageno
Para él fué prenda rica:
Alaba á los presentes,
Y á los otros critica.
«Qué encantadora eres!»
Adulador decía,
Con labio almirado
A su buena vecina.
«¡Qué gentil es tu aire!
¡Qué fino, bella ardilla!
¡Qué elegante es tu ropa!
Mucho te quiero, amiga.
No es como tú ese gato
Que se lame en la silla,
Y á quien el ama besa,
Contempla y acaricia.
No tiene gentileza
Ni de gracia una pizca.
Y no sé por qué el ama
Lo mantiene y lo mima.»
No hablaba de este modo
Cuando el gato le oía,
Que entonces una tonta
Era la pobre ardilla,
Una mala cabeza,
Una loca aturdida,
Sin principios ningunos,
Y del bien enemiga.
Una tarde que ocioso

Tendido panza arriba,
Secebaba en el gato
Con cruel alegría,
Súbito presentóse
Del burlon á la vista,
El gato marrullero,
Y en él sus ojos fija.
Bravísimo! exclamó;
Bien haces por mi vida:
A los dos nos elogias
Y á los dos nos criticas.
Hoy me ha tocado á mí
Y ayer tocó á la ardilla;
Tienes razon, amigo,
Te portas, voto á Cribas!»
Al imprudente mono
Importóle una higa
Cuanto le dijo el gato
Ronca la voz de ira.
El crítico burlon
Levantóse con prisa,
Dió tres ó cuatro brincos
Con intencion maligna,
Y haciendo mil visajes
Salió de la cocina.

Cuantos hombres conozco
Que á aqueste mono imitan,
Hiriendo á todo el mundo
Con lengua viperina!
Por fortuna los dardos
Que á todas partes tiran
Se vuelven contra ellos,
Pues si bien se examina
Mas en desprecio cae
El tonto que critica.
Que aquel en quien se ceba
Cual torpe sabandija.

